

LA MODELO

Por Marino Gómez - Santos

¡Si la hubiérais visto! Llamó a la puerta con los nudillos, una mañana de nieve, antes de que los leños de la chimenea inaugurasen la nueva jornada, quemando sobre las cenizas del día anterior, antes que retirasen la bandeja en que habían entafado el desayuno.

Mi amigo el pintor saltó de la cama. En el umbral de la puerta encontró a una criatura escualida y mal vestida.

—Aguarde un momento.

Volvió al cuarto, buscó en la chaqueta unas monedas y salió otra vez hacia la puerta.

—Usted, señorito, está equivocado; soy la modelo.

Mi amigo se quedó un momento quieto, con la mirada fija en los azulejos del pasillo.

La modelo venía enviada por un ordenanza de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando.

Yo la ví entre los caballetes y las telas manchadas y los tubos de color esparcidos por el suelo. Estaba "posando" con la rutina del que hace lo mismo todos los días, pensando en otra cosa mientras tanto.

Era una muchacha de unos quince años raquíticos que no había tenido almidón en las enaguas, ni manos blancas para trenzar su pelo oscuro, ni manos grandes de severidad.

Mi amigo pintaba en silencio y la modelo, de espaldas, mirando a la pared, se entretenía en contemplar las fotografías que habíamos clavado entre los dos.

Teníamos allí retratos de Gannivet, de Dostoyevsky, de Pastora Imperio, entre las reproducciones en cera dedicadas por Vázquez Díaz y los croquis al carbón y a la acuarela que mi amigo tenía en estudio para realizar posibles obras.

La modelo había terminado la sesión.

—Señorito, usted ¿no podría adelantarme las seis pesetas de mañana?

La muchacha explicó sus propósitos. Quería anunciarse en la prensa como nifera. Su pudor no la permitía permanecer en el oficio.

Yo mismo redacté el anuncio. Mi amigo le pagó no una, sino dos sesiones adelantadas.

Al día siguiente entraron con la bandeja del desayuno la prensa de la mañana, como de costumbre. Con especial cuidado miramos la sección de anuncios: no venía el día de la nifera.

La muchacha se presentó a la misma hora de siempre. Su cuerpo breve temblaba bajo la chaqueta verde, destucada. Tenía las manos moradas, los ojos húmedos, el ante de los zapatos caldo, salpicado de barro y los tacones ingenuamente altos, deliciosamente torcidos.

Mi amigo reanudó su trabajo. Pero aquella mañana la modelo estaba imposible, inquieta, como impaciente.

—Si usted no sosiega...

No podía. Cuando el pintor estaba embebido en su trabajo la muchacha estiraba el cuello para mirarse, sonriente, en un espejo.

Dentro de su corazón lleno de frío y de temor los fantasmas del lujo, los diablos de los mil trapos de colores, jugaban a las cuatro esquinas. Se la notaba en aquellos ojos de chica ingenua que no tenía en su casa cuarto para ella sola, en aquellos labios mal pintados que no sabían reír.

Mi amigo, en una de sus miradas se fijó en que le asomaban, bajo el pelo repeinado unos pendientes nuevos, dos argollas escandalosamente grandes, graciosamente pretenciosas.

Estaba explicado el porqué no habíamos visto publicado el anuncio en el diario.

—Por hoy puede irse; mañana a la misma hora.

Cuando la chica cerró la puerta del estudio el pintor, sin ningún comentario, se acercó al balcón. La muchacha cruzaba la calle pisando en los charcos. Iba ciega de entusiasmo, llevándose las manos a las orejas, sobándose los pendientes.

Cuando mi amigo volvió a hojear el periódico, casi distraídamente acertó a leer una noticia destacada en negrillas: "Ayuda para los gatos del Retiro". Y después: "La unión de simpatizantes de los gatos del Retiro" (patrocinada por la Sociedad Protectora de Animales y Plantas) suplica un donativo para su mantenimiento, ya que cada día es mayor el número de animales acogidos en el lugar denominado "La Montaña", donde se reciben dichos donativos..."

El pintor no pudo leer más. Hizo una pelota con el periódico y la lanzó con rabia a las llamas de la chimenea.